JUAN FERNANDEZ Y FERNANDEZ

18

SAN JOSE EN LOS EVANGELIOS

Y EN LA TEOLOGIA CATÓLICA

PARA TÍ, OBRERO.....

PRÓLOGO DEL EXCMO. Y RVDMO. SR. DR. D. JOSÉ MARÍA
ALCARAZ Y ALENDA, OBISPO DE BADAJOZ

11510

BADAJOZ
TIPOGRAFIA VIUDA DE ANTONIO ARQUEROS
1950

MH 62951
CD 1071430

SAN JOSÉ EN LOS EVANGELIOS Y EN LA TEOLOGÍA CATÓLICA

CASA ARQUEROS
ARTES GRAFICAS
Librería - Papelería
BADAJOZ

2/
11510

R-14248

JUAN FERNANDEZ Y FERNANDEZ

DIGNIDAD DE MAESTRESCUELA DE LA S. I. CATEDRAL

2
11.510

SAN JOSE EN LOS EVANGELIOS Y EN LA TEOLOGÍA CATÓLICA

PARA TÍ, OBRERO.....

BADAJOZ

TIPOGRAFIA VIUDA DE ANTONIO ARQUEROS

1950

Nihil obstat

El Censor

JOSÉ GARCÍA, PBRO.

Lic. en Sagrada Escritura

Badajoz, 1 de Marzo de 1950.

Imprímase:

LIC. DANIEL GÓMEZ ORDÓÑEZ

Vicario general

Al Lector

Amadísimo Obrero

HA querido el autor de este librito que lo ponga yo en tus manos.

Por tratarse de mi glorioso Patriarca San José y de tí, cumplo este deseo del M. I. Sr. D. Juan Fernández y Fernández, Maestrescuela de la S. I. Catedral, con verdadera complacencia; pues José es mi nombre e hijo soy de obrero.

Es este librito un devoto homenaje de filial amor al virginal Esposo de la Madre de Dios y un inestimable don y obsequio que su autor pone en tus manos de obrero.

Tal vez hayas sentido alguna vez en el fondo de tu alma cierto descontento de tu condición obrera, y el enemigo de tu paz interior te habrá sugerido pensamientos contra la divina Providencia.

En este librito hallarás dignificado al obrero

en el glorioso Patriarca San José y verás que el Señor, en su adorable Providencia, te lo ha concedido como modelo, *que debes imitar, y como* celestial Patrono, *en quien* siempre *debes confiar.*

Mirando a San José, lejos de sentir desconsuelo por lo trabajoso de tu vida, como enseña la Iglesia, encontrarás en ella motivos de especial contento.

Tuvo San José los mismos trabajos que tú, los mismos cuidados y afanes tuyos por la vida cotidiana y la misma preocupación que tú para atender con el fruto de su trabajo a las necesidades familiares.

Del trabajo de San José vivió siempre pobremente la Sagrada Familia, porque el Hijo de Dios, siendo el Señor y Dueño de todas las cosas, por nosotros y para ejemplo nuestro quiso nacer pobre y vivir del trabajo durante toda su vida mortal.

Agradece al autor de este librito el bien que te ha de proporcionar su lectura. Acude confiadamente al Patriarca San José en los trances difíciles de la vida, y procura atraer sobre tí su poderoso valimiento imitando las virtudes de que, en su oficio de obrero, te dió ejemplo durante su vida.

Así te lo desea vivamente y bendice de corazón al autor, al librito y a tí, lector.

✝ *José M.ª, Obispo de Badajoz.*

LE HIZO SEÑOR DE SU CASA Y PRINCIPE
DE TODO SU DOMINIO...

(Salm. 104,21)

Tu Patrono

PARA tí, querido obrero, va dirigido principalmente este librito, que hoy sale a la luz pública. En tí he pensado al escribirlo. Recíbelo con cariño. Con el mismo, al menos, que su autor ha puesto en todas y en cada una de sus páginas.

No te contentes con hojearlo solamente. Léelo con atención y despacio. Yo te aseguro que algún fruto has de sacar de su lectura.

En él encontrarás todo lo que necesitas para ser feliz. Te ayudará a conocer dónde se halla la verdadera dicha. Toda una vida consagrada al servicio de Jesús y María. Cumplir fielmente con la voluntad de Dios. He ahí el secreto de la verdadera felicidad.

San José, el hombre justo y santo por excelencia, se aplica, por entero y exclusivamente, a servir a la Santísima Virgen María, como esposo castísimo, y, al Niño Jesús, Dios-Hombre, como padre virginal.

En esos dos títulos radica toda la grandeza, toda la dignidad, toda la santidad y todo el poder de San José.

No hay criatura más excelsa y más sublime que la que mereció por su humildad ser madre del Hombre Dios. La maternidad de la Santísima Virgen es, como toda maternidad, una relación, cuyo término es la persona. Por eso, la Santísima Virgen es madre de Dios. Es madre de Jesús, en quien sólo existe la persona divina del Hijo de Dios, aunque en dos naturalezas—divina y humana—como dice el Catecismo.

Pero después de la madre de Jesús, Dios-Hombre, no hay criatura que pueda compararse con San José, por ser el esposo virginal de la madre de Dios y el padre legal del Hombre-Dios.

No puede concebirse cargo más alto ni dignidad más sublime. Ni en el mundo de los humanos, ni en el de los ángeles.

Por muy poderoso que sea un gobernante, un jefe de Estado, un estadista, un político, un sabio, un santo, nunca podrá llegar a ocupar un cargo tan alto, ni a desempeñar un oficio tan divino.

Ese San José, mayor que el cual no puede haber en los cielos y en la tierra, fuera del Hombre-Dios y de su madre benditísima, es, *fíjate bien*, tu padre, tu trono y tu modelo.

Dios no se ha contentado con darte un protector, un modelo cualquiera. Ha querido darte lo más querido por El, lo más santo, lo más amable,

el hombre de más confianza. Sólo a él entregó Dios, para su custodia, a Jesús y a María, que son sus tesoros más preciosos.

Por otra parte, Dios ha querido que sea obrero como tú para que acudas a él con más libertad y familiaridad, y para que nunca puedan asustarte ni sus riquezas ni su ciencia humana. No. Tu patrono y tu modelo es un artesano que ha trabajado como tú, que ha sentido estrecheces y sinsabores como tú, que ha comido el pan con el trabajo duro y penoso del taller, y que ha proporcionado también a los suyos—a Jesús y a María—ese mismo pan, amasado con el sudor de su rostro en Belén, en Egipto, en Nazaret...

Es tu patrono, que pide por tí. Pone todo su poder de intercesión a favor tuyo ante el Niño Dios y ante la Santísima Virgen María.

Es tu patrono, que quiere ayudarte en tus trabajos y en tus penas; que quiere consolarte. Conoce tus sudores y fatigas, porque los ha sentido en su carne castísima.

Te comprende y te ama. Quiere para tí el mayor bien que se puede desear a una criatura: tu salvación eterna. Quiere para tí, en primer lugar, los bienes sobrenaturales: el beneficio de la fe, de la gracia, de la gloria..., pero también quiere para tí el bienestar temporal. No la holgura y la abundancia, si no te conviene para tu salvación final. Pero sí lo suficiente para que lleves una vida decorosa y digna. Tú y los tuyos.

Tu Modelo

ES tu modelo. En él te has de fijar siempre. De él aprenderás la fidelidad a Dios, cumpliendo su voluntad santísima, aunque sea costosa y difícil; la fidelidad a tu esposa y el amor al hogar, que ha de ser el nido de tus amores y de tu dicha. Ha de ser, además, como un templo donde ocupe un lugar preferente y se rinda culto diario a la que se ha llamado con justa razón la trinidad en la tierra: Jesús, María y José.

De él aprenderás el amor al trabajo, que has de enseñar a tus hijos como lo mejor que puedas legarles por herencia y patrimonio. Que presida siempre tus ocupaciones diarias, tus pensamientos, tus gustos y aficiones. Recurre a él en todos tus quehaceres y trabajos, en tus angustias y estreheces, en tus penas y enfermedades. Recurre a él, invócale, rézale.

Aprende de él el amor a la oscuridad. San José fué como una sombra providencial preparada por Dios para ocultar el gran misterio de la Encarnación.

Con cuántas ganas hubiera descubierto el misterio que se encerraba en el Niño Jesús y en la Santísima Virgen María. El sabía, porque Dios se lo había revelado, que el Niño Jesús era el Mesías anunciado, profetizado y tan esperado...

El sabía que aquel Niño, hijo del Dios altísimo, Rey eterno y Señor universal, había sido concebido milagrosamente, sin obra de varón, en el seno de la Santísima Virgen María.

Todo esto sabía y, sin embargo, no dice una sola palabra, que tanto honor para él hubiera acarreado. Guarda el secreto hasta que Dios tenga a bien comunicarlo a la humanidad. Prefiere permanecer en el silencio, en la sombra y en el olvido antes que abrir sus labios quebrantando el sigiloso arcano.

Un obrero es el confidente de los planes ocultos de Dios. Es el que representa al verdadero padre de Jesús, que es el Padre celestial, cuyas veces hace cerca del Niño divino. Pero era necesario por el bien del Hijo, por el bien de la madre y por el mismo bien nuestro, que no se trasluciera este misterio al exterior hasta que llegase el momento oportuno escogido por Dios.

Para él, la oscuridad, el silencio... Así fué en su vida y aun después de su muerte.

* * * * *

Hasta el siglo XII apenas si se conoce el culto público en honor de San José. Es entonces cuando termina el período de oscuridad y de silencio en torno del santo Patriarca.

Dios quiere—cuando ya la divinidad de Jesús y la maternidad sobrenatural de la Santísima Virgen

María quedan bien comprobadas –exaltarlo y darlo a conocer como patrono de todas las almas, de todos los estados, de todas las condiciones, de toda la Iglesia, que es la gran familia cristiana, prolongación de la humildísima de Nazaret; pero, sobre todo, como patrono tuyo, querido obrero.

Con las cruzadas se inicia la devoción, cada vez más creciente, a San José. Empiezan por entonces a surgir los apóstoles de la marcha progresiva y ascensional hacia el Glorioso Patriarca San José. En el siglo XV culmina su época de esplendor.

Son los santos los que predican las glorias josefinas: San Bernardo, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, San Bernardino de Feltre y de Bustos, Bernardino de Sena, Margarita de Cortona, Citta da Castello, Teresa de Jesús, Vicente Ferrer...

Son los sabios y teólogos: Pedro de Aylly y su discípulo Juan Charlier, por sobrenombre Gersón, canciller, por aquel entonces, de la Universidad de París; Isidoro Isolano, Enrique Chiquoto, y más tarde, Suárez, Salmerón, Bolando, Papebroquio, Cornelio a Lapide, Ribadeneira, Patrignani, Vallejo, Macabiau, Bossuet...

Son los artistas del renacimiento: Giotto, Gaddi, Fray Angélico, Rafael, Lorenzo de Viterbo, el Perugino, el Pizano, Boticelli...

Son los reyes y emperadores: Leopoldo I de Austria, que experimentó el patrocinio del Patriarca San José en la liberación de Viena del peligro turco; Carlos II de España, en cuyo reinado es nombrado San José patrón de España y de sus dominios. Heraldo de la devoción a San José en España fué el gran Cardenal de Toledo, Fr. Francisco Jiménez de Cisneros; y, mucho antes, el también Arzobispo de Toledo, San Ildefonso, defensor de la virginidad de la madre de Dios; Ana Teresa, reina de Francia; Isabel Clara Eugenia, española de sangre y princesa de los Países Bajos...

Son los mismos obreros: Ya antes del Concilio Tridentino aparece San José como patrono de los gremios de artesanía y sociedades de trabajadores y carpinteros, como los de Linz, que en su escudo pusieron la imagen del santo Patriarca.

Sabido es que las corporaciones fueron la organización del mundo del trabajo durante toda la Edad Media hasta la revolución francesa. Todas las corporaciones se agrupaban bajo el patronato de un santo. Es esto una expresión de su espíritu cristiano y fraternal que ha de resucitar en vuestros gremios sindicales.

Son los Papas: Sixto IV, Gregorio XV, Urbano VIII, Inocencio II, Benedicto XIII, Pío IX, León XIII, Pío X, Pío XI, Pío XII...

Ten confianza

TODA la Iglesia es quien alaba y bendice a San José y le tributa culto de *protodulia*.

Así premia Dios al santo escondido y oscuro de Nazaret. Justamente en el trabajo rudo y humilde encontró su dicha terrena y su felicidad eterna. Por los siglos de los siglos, será San José aclamado y bendecido como esposo castísimo de la Virgen María, como padre virginal de Jesús, como patrono de la Iglesia universal y de todas las almas.

Sobre todo será celebrado como patrono tuyo, querido obrero. Tanto te quiere Dios, que te ha dado por patrón al mismo que recibió en custodia, para que los defendiese y guardase, a Jesús y María. Entre todos los hombres es San José el único escogido por Dios para llenar esta misión tan alta, tan divina.

Entre todos los santos es tu abogado y patrono, tu modelo principal, el Glorioso Patriarca San José. El más querido por Dios, el de más poder en el cielo, el que más se le parece, el que ejercitó tu mismo oficio tal vez...

Ten confianza, ponte bajo su patrocinio, imita sus ejemplos y serás feliz.

Te lo asegura quien mucho te quiere en el Señor.

Agradece conmigo, carísimo lector, a nuestro

amadísimo Prelado, el que se haya dignado abrir este librito con un prólogo magnífico, lleno de afecto hacia tí, poniéndolo en tus manos. Así lo leerás con más gusto, como recibido de la bondad y generosidad de aquél, que es nuestro Maestro y Pastor, nuestro venerable y amadísimo Sr. Obispo.

Dios se lo pague.

EL AUTOR.

SAN JOSE EN LOS EVANGELIOS

Su linaje

NO son muchas las cosas que los Evangelios nos dicen acerca de San José. Son muy sobrios en este punto, como en muchos otros. Los apócrifos, en cambio, deseosos de suplir las lagunas que existen en los Evangelios verdaderos sobre la infancia, juventud y edad viril del Santo, abundan en descripciones pintorescas y en noticias, ridículas a veces, referentes a toda la Sagrada Familia, y, en particular, al Glorioso Patriarca.

Dicho se está que las escenas josefinas que vamos a comentar y a exponer no tienen su fundamento en los apócrifos. Nuestras fuentes serán los Evangelios auténticos y canónicos.

Los datos biográficos, que, relativos a San José se encuentran en los Evangelios, se relacionan y enlazan estrechamente con la infancia de Jesucristo.

Por San Mateo sabemos que José era descendiente de David, cuya dinastía había sido, en sus tiem-

pos de esplendor, como un árbol frondoso y magnífico, cuyas ramas se extendían desde Dan a Bersabée. De ese gran árbol, cuando nació José, no quedaba más que el añoso tronco con una varita florida, con un ramo casi imperceptible: el Glorioso Patriarca. Por las venas de José corría la sangre de grandes personajes bíblicos. Su padre se llama Jacob. Sus abuelos Zorobabel, David, Juda, Jacob, Isaac, Abraham...

Su patria natal

FUE Nazaret tal vez, llamada con razón por San Jerónimo la flor de Galilea. Entre las colinas de la Galilea inferior se halla esta bella flor escondida y como casi perdida. Ni la llanura de Esdrelón con sus caminos y carrreteras, ni el mar de Tiberiades con su bullicio y movimiento comercial, se atreven a turbar la calma de la apacible y pintoresca villa. Reclinada, como en una concha, sobre los altozanos de la cuesta, aparece su campiña, sobre todo en primavera, como un jardín florido sembrado de infinitas anémonas y tulipanes, de magníficas higueras y fecundos datileros, que le dan un tono semejante al de nuestros campos de cabezuelas azules y amapolas rojas.

En el retiro apacible de Nazaret pasó los años de su infancia y de su juventud el Glorioso Patriarca,

dedicado a la oración, a la piedad y al trabajo. En una sola palabra nos compendia San Mateo la vida religiosa, la vida piadosa, de San José. Era un varón justo, nos dice, esto es, un hombre honrado, religioso y santo. No se podía decir más en una sola frase. En opinión de Suárez supera a todos los santos en gracia y bienaventuranza y, según creencia de los teólogos, nació en estado de gracia, como el Bautista; no experimentó los estímulos de la concupiscencia y fué confirmado en gracia. No podía, por tanto, cometer pecado mortal alguno.

Junto a la piedad, el trabajo

EL Evangelio nos dice que fué un artesano, pero no nos indica con claridad qué arte u oficio ejercía. La palabra griega *tekton*, que en la Vulgata es *faber*, significa propiamente artesano, sin especificar si era de hierro, de madera, de albañilería... Se suele aplicar, sin embargo, a los carpinteros, y por la tradición se puede asegurar que en este caso significa carpintero y carpintero de basto. San Justino, oriundo de Palestina, que es muy autorizado por su antigüedad, en sus diálogos con Trifón, nos dice que San José fué carpintero. Con este oficio había de sustentar a la Virgen Santísima y al Niño Jesús. Con las gotas de su sudor ha-

bía de nutrir y alimentar aquella carne que más tarde se nos daría toda entera en la Eucaristía. Este mismo oficio enseñó al Niño Jesús, que fué primero, aprendiz, oficial más tarde y maestro después. San Justino hace mención de los arados y carros, que Jesús había construído para sus paisanos de Nazaret. De este modo quedó el trabajo manual rehabilitado, transfigurado y ennoblecido. Formado en la piedad y en el trabajo llega José a su mayor edad.

Los desposorios y el matrimonio

DAN comienzo con María a una nueva etapa de su vida. Los desposorios entre los orientales equivalían al matrimonio, como dice Filón. Tan indisolublemente unidos estaban los desposados como los casados. Moraban los esposos, separados, cada uno en su casa, y de ordinario no se comunicaban por sí mismos, sino por mediación de otro, que se conocía con el nombre de «amigo del esposo». Unos doce meses después tenía lugar el matrimonio, que ratificaba la inviolabilidad del contrato precedente y autorizaba la vida común entre los esposos.

El joven tenía que contar, por lo menos, dieci-

ocho años y la joven unos doce. Esta edad tendrían, poco más o menos, las dos azucenas más puras de Nazaret, cuando—no sin cierta inspiración del cielo—se unieron con el lazo indisoluble de los desposorios primero y del matrimonio después. Rechazamos, como increíble, la opinión de San Epifanio. Supone que San José tenía unos ochenta años cuando contrajo matrimonio con María y noventa y dos cuando murió. Esta desproporción de edad entre José y María sería inexplicable. Los desposorios con María—la hermosa o la graciosa, si se deriva este nombre del hebreo, o la querida de Dios, si viene del Egipto—tuvieron lugar en Nazaret. Es opinión seguida por San Juan Damasceno, que la Virgen, nuestra Señora, nació en Jerusalén en la casa que San Sofronio llama «la probática piscina en que la ilustre Ana engendró a María». Está separada del templo por el estanque de Betesda, del cual distaba sólo treinta metros. Sobre esta casa se edificó más tarde un templo que se llamó de Santa María de la Natividad y luego de Santa Ana. A la muerte de sus padres se trasladó a Nazaret, o tal vez para desposarse con José. Durante el año de sus desposorios concibió milagrosamente al Emmanuel (Dios-con-nosotros), según había profetizado Isaías en la célebre visión de la Virgen-Madre. De este modo San José, con todo rigor según la ley, puede llamarse padre de Jesús, porque los bienes que posee la esposa—el mayor bien es el fruto de sus entrañas—son propiedad del esposo.

Después del primer dolor, convertido en gozo por el ángel del Señor, San José recibe a su esposa en su casa. En esto consistía principalmente la fiesta de las bodas solemnes. El ángel le dice en sueños: «José, hijo de David, no tengas recelo de recibir en tu casa a tu esposa, porque lo que en ella se ha engendrado es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo. Y le pondrás el nombre de Jesús. Porque él salvará a su pueblo de sus pecados.»

En una casita de Nazaret, adosada a la roca, como otras muchas, viven, juntos ya, José y María esperando el nacimento de Jesús. Como dice San Jerónimo, había de ser el Divino Niño virgen entre dos vírgenes y un lirio entre dos lirios, y—como dice Isaías— la luz, el Sol, que había de iluminar y vivificar el mundo de las almas: «Levántate e ilumínate Sión, porque viene tu luz... el pueblo que andaba en tinieblas ha visto un gran resplandor. A los que habitaban en regiones de tinieblas mortales ha brotado una luz.»

Camino de Belén

CÉSAR Augusto, excelente organizador y administrador, político diestro y sagaz, continuó la obra de su antecesor Julio César: la formación de la estadística de lo que entonces se llamaba «la habitada», es decir, de todas las tierras sujetas al yugo

romano. César Augusto fué un gran estadista. En un catálogo que dejó al Senado antes de morir estaban anotadas, según *Tácito,* las riquezas públicas, el número de ciudadanos y de aliados que estaban armados, el de las naves, reinos, provincias, tributos, gastos y regalos. Y todo ello escrito por el mismo Augusto. Es un índice de la fuerza demográfica y económica del imperio. El Breviarium Imperii es un verdadero archivo personal. Por tres veces hizo el censo de los ciudadanos romanos. Así consta por el célebre monumentum Ancyranum (en Ankara), y ordenó, además, que se hiciese en las provincias. Consta que desde el año 8 al 9, antes de Jesucristo, se hicieron estos censos cada catorce años.

La disposición de Augusto se extendió también a Palestina, porque aunque su rey Herodes no era romano, sin embargo, era uno de los reyes que se llamaban aliados, amigos, socios, y, por tanto, sujetos al imperio romano. En cumplimiento de la orden de Augusto, que dejaba a las provincias en libertad de formar el censo según su costumbre (los judíos solían empadronarse en su ciudad por tribus y familias), salió José acompañado de María con dirección a Belén, por pertenecer a la familia de David, cuya ciudad natal era Belén.

Ciento veinte kilómetros dista Nazaret de Belén. Los dos esposos seguirían el itinerario más usado: La llanura de Esdrelón, enriquecida por el torrente Cisón y por muchas fuentes y arroyos; Engannin,

el macizo montañoso de Samaría, no tan cerrado como el de Judea; Siquén, donde hoy está Naplusa, a cuyos lados se encuentran los célebres montes de las bendiciones y maldiciones de Moisés, el Hebal y Garizim, Betel, Jerusalén... Aquí descansan y visitan el Templo. En pocas horas llegan a Belén.

Belén, graciosa y risueña aldea asentada en dos colinas elevadas. Su significado—casa de pan—responde a su fertilidad. A sus pies se extienden escalonados huertos, sembrados de granados y olivos, de viñas y almendros. Se divisan más allá los campos de Booz, los prados de los pastores de Belén, el sepulcro de Raquel... Mas no todo fué alegre para los dos esposos en la fructuosa Efrata.

Los suyos no los recibieron; en el Kan o posada no había sitio para ellos. Una gruta o cueva les sirvió de albergue, sobre la cual se levanta hoy una basílica espléndida, aunque algo deteriorada.

El nacimiento. El buey y el jumento

RECOGIDOS en profunda oración el castísimo esposo y la Virgen purísima, esperan tranquilos la venida del Mesías.

Acabada aquella oración de los dos esposos co-

menzaron los cielos, como dice el piadosísimo Luis de Granada, a destilar miel y dulzura, y ella, sin dolor, sin pesadumbre, sin corrupción y mengua de su pureza virginal, vió delante de sí, salido de sus entrañas, más limpio y más resplandeciente que el mismo sol, al bien y remedio del mundo, tiritando de frio y que ya con sus lágrimas comenzaba a hacer oficio de Redentor. Qué gozo sentirían los dos esposos. San José le diría, con profundísima reverencia, aquellas palabras que el dulcísimo Fray Luis pone en labios de la Virgen: Bien seais venido, mi Dios y mi Señor y mi hijo, y así le adoró y besó los pies como a su Dios, la mano como a su Señor, y el rostro como a su Hijo. Es tradición bien antigua que un buey y un jumento calentaron al Niño recién nacido. San Cipriano, citado por Fray Luis, nos dice que como el Niño tierno temblase de frío e hiciese pucheritos, púsole la Virgen así empañado en el pesebre para que con alguna paja o heno que allí había, y con el huelgo del buey y del jumento que allí estaban, se abrigase algún tanto y se mitigase la fuerza de aquel frío y rigor. San José, postrado ante el pesebre del Divino Infante, se asombra y se goza, dice Santo Tomás de Villanueva; se admira y se regocija, arde interiormente su espíritu, y no se atreve a levantar el rostro ante tan grande Majestad. En su corazón infunde Dios el amor más profundo y ardiente hacia el Niño que acaba de nacer. Es la gracia más vehemente que la naturaleza para amar.

Cántico de los ángeles.-Vayamos a Belén

EL cántico de los ángeles resonó en el espacio: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra —a los hombres, buena voluntad—». Himno de triunfo, doxología sublime, melodiosa sinfonía, jubiloso aleluya, armonioso concierto de la milicia celeste. Los pastores vienen, de la aldea vecina Beth-Lehur—distante de Belén unos dos kilómetros—jubilosos y alegres, en busca del recién nacido reclinado en el pesebre y empañado, según les había anunciado el ángel. Todo ello inunda de gozo inefable el alma de José.

«No temais, dice el ángel a los pastores, os anuncio un grande gozo, que ha de serlo para todo el mundo. Hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, Cristo, Señor Nuestro. Estas son las señales para conocerle: hallaréis un Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.»

El mohel o circuncidante

CON un cuchillo de pedernal, el *mohel*, asistido del padrino y rodeado de diez personas, hería al niño a los ocho días después de su na-

cimiento para circuncidarle. El mismo *mohel* o circuncidador restañaba la sangre y curaba la herida. Esta ceremonia tenía lugar en la casa del recién nacido o en la sinagoga, pero no en el templo. Había fiestas familiares, felicitaciones y se imponía el nombre al niño circuncidado. El mismo padre podía hacer el oficio de *mohel* y es muy probable que San José circuncidara al Niño Jesús. Con cuánto cariño y, al mismo tiempo, con cuánto respeto tomaría en sus brazos aquel cuerpecito inocente para herirlo con el cuchillo de pedernal. Con cuánto cuidado restañaría la sangre—la primera que vertió el Salvador por nosotros—y con cuánto amor curaría la herida. Por la salvación de los hombres ofrecen José y María aquella sangre divina al eterno Padre. En nombre del Padre celestial, cuyas veces hacía, pudo decir San José: Yo le he herido por los pecados de mi pueblo y por la salvación de todo el mundo. *(Js. 53,8).*

Le llamarás Jesús

ASI le había dicho el ángel. En hebreo Jesús es lo mismo que Yesua, abreviatura de Yehosua. Yehosua deriva de Yeo, que significa Dios, y Yesua, salud; por tanto Jesús significa Dios-salud o Dios-salvador. San José cumple la orden del arcán-

gel San Gabriel imponiendo al Divino Niño el nombre de Jesús, que es el nombre personal, adecuado y propio del Verbo Encarnado. También se le llama en las Santas Escrituras Cristo, el Ungido, y la Iglesia unió estos dos nombres, haciendo uno sólo, Jesucristo—el nombre oficial de su dignidad mesiánica—que es como le llamamos ordinariamente los cristianos. Con cuánta dulzura pronunciaría San José el nombre de Jesús. Cantaría, arrebatado de amor como San Bernardo: «Nada se piensa más dulce, nada se canta más suave—nada se escucha más grato—que Jesús hijo del Padre». Se le conceden los derechos de la paternidad, dice San Agustín, cuando se le manda que ponga nombre al Niño... El es el primero que por su nombre le llama.

El sacrificio de los pobres

A los cuarenta días después del nacimiento de Jesús, suben José y María a Jerusalén. Sirve de asiento a la capital de Judea una serie de colinas pedregosas y roqueñas. No lejos de la santa ciudad se divisa el torrente Cedrón, el monte de las Olivas, Betfagé, Betania. Se dirigen al soberbio templo edificado por Zorobabel y realzado por la magnificencia de Herodes. Sobre las ruinas de este templo, que, según el profeta Ageo, había de te-

ner más gloria y esplendor que el de Salomón, porque fué visitado por el Salvador, se levantan hoy dos mezquitas musulmanas: la de Omar, en cuyo centro se yergue pelada, profanada, imponente, la misma roca sobre la que tantos siglos descansó el altar de los holocaustos, y la mezquita El Aksa.

Penetran en el atrio de las mujeres, todavía de mañanita, cuando el templo, herido por los rayos del sol, proyecta un resplandor semejante al lanzado por un monte de nieve. Se coloca en la grada más elevada de la escalinata, que pone en comunicación el atrio de las mujeres con el de Israel, muy cerquita de la majestuosa puerta de Nicanor. Ofrece María el sacrificio de los pobres, que los rabinos llaman *qorban ani*. En lugar del cordero añal, es una tórtola o pichón, previamente comprado por San José y quemado íntegramente sobre las brasas del altar de bronce, lo que sirve de holocausto. Otra tórtola o pichón fué la materia del sacrificio expiatorio o sacrificio por el pecado, como más técnicamente se llamaba. Inseparable de la purificación de la madre es la presentación del Hijo primogénito, es decir, el ofrecimiento, la consagración a Dios.

Dedicados los levitas al servicio del templo en premio de su fidelidad religiosa, quedaron los primogénitos libres de esta obligación personal. Esta exención, llamada rescate, se pagaba con cinco siclos que se destinaban al tesoro de los sacerdotes. San José pagó por el Niño Jesús esta cantidad

—unas quince pesetas—. Su derecho sobre el Niño Jesús, por ser padre legal, se aumenta ahora por ser su libertador y rescatador.

El consolador

EL anciano Simeón, inspirado por el Espíritu Santo, en su cántico sublime, que es una verdadera joya lírica, saludó al Niño Jesús como al consolador de Israel, libertador, gloria de su pueblo, luz de las naciones. «Ahora, Señor, dejais, según vuestra palabra, morir en paz a vuestro siervo; pues han visto mis ojos al Salvador, que habeis presentado ante la faz de todas las naciones».

«El Señor me ha enviado, dice el Verbo Divino por Isaías, para consolar a todos los afligidos; para traer y poner a los afligidos de Sión diadema en vez de ceniza, óleo de gozo en lugar de duelo, manto de fiesta en lugar de espíritu abatido.»

El corazón de José como el de María saltarían de gozo al oír las palabras proféticas del anciano Simeón, y al recibir sus felicitaciones por el porvenir tan glorioso de su hijo.

Nubes densas y amenazadoras ensombrecen, sin embargo, el horizonte y entristecen el alma de María y de su castísimo esposo. El hijo será señal de contradición, el corazón de la madre será atravesado por la espada del dolor.

La estrella misteriosa

SALEN de la capital de Persia, con dirección a Jerusalén, en busca del recién nacido rey de los judíos, unos hombres—tres en número muy probablemente—sabios, ricos y poderosos. Hay una distancia entre las dos capitales de 2.000 kilómetros. Tardarían bastante tiempo en recorrerla. Los camellos caminan por lo regular unos 40 kilómetros por día. Es una estrella, la suya, la del Mesías, meteoro luminoso, distinto de los demás meteoros y estrellas ordinarias, la que indicó a los magos el nacimiento del tan deseado y esperado rey de los judíos.

La estrella, según San Agustín, era para aquellos astrónomos un lenguaje exterior muy adecuado para excitar su atención y su fe. Pero a ese lenguaje de fuera se unió una palabra mucho más clara, una revelación divina, que precisó su sentido y les impulsó a ir a ofrecer en persona sus homenajes al rey de los judíos.

Llegan a Jerusalén. Toda la aristocracia religiosa, rabínica y política, se congregaba alrededor de la ciudad sagrada. Triste es el aspecto de toda la región a excepción de la risueña Belén, patria del niño Jesús, y de la graciosa Ainkarin, patria de su primo bendito.

Acentuaba este tono triste el violento, sanguinario y antiteocrático Herodes, que residía en Jerusa-

lén. Informados los magos sobre el lugar del nacimiento del Mesías, se dirigen a Belén. Al llegar a la casita, donde se encontraba la Sagrada Familia, se detiene la estrella, y, sin reparo alguno, llenos de emoción y de júbilo, entran en el modesto albergue, encuentran al Niño con María su madre y San José, y postrándose le adoran. Abiertos, después, sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra. En el corazón de José y de la Santísima Virgen brotaría un sentimiento profundo de gratitud hacia aquellos personajes, que tan regaladamente obsequiaron al Divino Infante y tan humildemente adoraron.

Camino de Egipto.

El desterrado

EN ninguna escena de la Sagrada Familia, como en la huída a Egipto, aparece tan clara la misión de San José. Es el protector, el guardián de los dos tesoros más queridos de Dios—La Virgen y el Niño— como ahora desde el cielo es el protector y el custodio de la gran familia cristiana, que es la Iglesia. Avisado en sueños por el ángel acerca del peligro inminente que corría el Divino Niño—Herodes lo buscaba para matarlo—parte para Egipto, cuya frontera distaba dos o tres días de camino so-

lamente. No sabemos el camino que seguiría San José en su viaje. Pudo dirigirse primeramente a la antigua región de los filisteos, que está en la costa del Mediterráneo: Ascalón, Gaza, que se encuentra a 150 kilómetros de Belén. Pasaría después por Rafia, siguiendo la costa del Mediterráneo, hasta Casiúm y Pelusa, en el bajo Egipto, Heliópolis... O también bajando por Hebrón y Bersabée, el desierto de Farán, la antigua provincia de Gessen, habitada por los hebreos durante largo tiempo, Heliópolis que lleva hoy el nombre de Matariyeh, donde habitaron todo el tiempo de su destierro, según algunos comentaristas. Sobre la casa que sirvió de refugio a la Sagrada Familia se levanta hoy, según se cree, la Iglesia copta del Antiguo Cairo. Las flores y rosas abiertas al paso de la Sagrada Familia, las palmeras inclinadas ofreciéndoles sus frutos, las fuentes que brotan para calmar su sed, los ídolos que caen deshechos..., son cosas que nos refieren los apócrifos, pero sin realidad ni fundamento histórico. Es de suponer que el viaje de la Sagrada Familia fuese penoso y cansado, dada la distancia tan larga, la salida nocturna, la falta de agua, el desierto, fuera de su patria... En algunos sitios de Egipto, donde había colonias judías—en tiempo de Tolomeo Filométor habían edificado un templo parecido al de Jerusalén en Leontopolis—, se detendrían. Fugitivos de su patria, moran en Matariyeh, probablemente, desterrados, perseguidos... Comen el pan del des-

tierro como si fueran malhechores. Allí trabaja José con un interés grande para que no falte al Niño Jesús y a la Virgen un pedazo de pan que llevarse a sus labios.

Muere Herodes en Jericó, el 750 de la fundación de Roma y, avisado José por el ángel, vuelve a la tierra de Israel. No a Belén como él pretendía, porque allí reinaba Arquelao, que había heredado de su padre los instintos sanguinarios, sino a Nazaret de Galilea donde reinaba Herodes Antipas, que era más benigno con sus súbditos.

El Nazareno

CRECIA el Niño en el retiro apacible de Nazaret al lado de sus padres. Unas veces en el taller con José; y otras, con María, que le enseñaría la ley según era costumbre. No asistió a la escuela. Hasta el año 64, no se fundaron en los pueblos de Palestina escuelas obligatorias para los niños de seis o siete años en adelante. Con razón, pues, pudieron decirle algunos de sus paisanos, en una ocasión en que estaba enseñando en el templo: ¿De dónde le vienen a éste las letras, si no ha estudiado?

Entre los doctores

A los trece años todo israelita quedaba sujeto al yugo de la ley. Por esto se llamaba hijo de la ley. A los doce, empezaban a cumplir sus preceptos, para que al llegar a los trece, estuviesen ya acostumbrados. Ponían a los jóvenes de esta edad las filacterías, para recordarles que ya estaban obligados a guardar la ley, y a celebrar las fiestas que ésta preceptuaba. La mayor de las fiestas judías, era la Pascua. A ella afluía tan gran número de peregrinos, que, según Josefo Flavio, pasaban a veces de tres millones. No es extraño, dada esta concurrencia de gentes, que José y María no se diesen cuenta de la pérdida del Niño.

Pensaban que vendría con los parientes o amigos en alguna caravana. Al llegar a Beeroth, a 15 kilómetros de Jerusalén—en Beeroth solían descansar los peregrinos galileos—vieron que el Niño no venía con ninguno de sus parientes.

¡Qué angustia y qué dolor para la Virgen y San José, que no vivían más que para Jesús! Por tres días dura la congoja que les oprime el corazón. Cuán cierto es lo que dice el Kempis: vivir con Jesús, es dulce paraiso; vivir sin Jesús, es terrible infierno, espantoso tormento.

Encuentran, por fin, su tesoro más precioso, y llenos de satisfacción y alegría vuelven a Nazaret, donde estuvo Jesús sujeto a sus padres.

La muerte de San José

SAN José le enseña el oficio de carpintero. En un principio se entretenía, como creen algunos santos padres, en hacer crucecitas—el suplicio de su muerte—, pero después le sirve su trabajo para ganarse el pan y el de su benditísima madre con el sudor de su frente. San José murió muy probablemente cuando Jesús llegó a la edad viril y podía éste sustentarse ya por sí sólo. De otra suerte no se explica que los evangelistas nada digan de San José durante toda la vida pública del Salvador y mucho menos que Jesús hubiera confiado a otro su madre, cuando expiró en la cruz. De haber sobrevivido al período de su vida escondida, hubiese existido alguna alusión a él en la antigua catequesis y por ende en los Evangelios dependientes de ella. Sólo ha quedado oficialmente el apelativo paterno, que legó junto con el oficio, a su hijo legal: ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María?

Murió José con la muerte de los justos, en los brazos de Jesús y de María, pronunciando el dulcísimo nombre de Jesús que él mismo había impuesto al Divino Niño.

San José, nuestro primer patrón

FUE San José el primer santo canonizado, lo fué por el mismo Espíritu Santo.

A José, juntamente con María, entregó Jesús las dos llaves del Paraíso. Siendo esposo de María, que nos fué dada por madre al pie de la cruz, podemos llamar a José padre nuestro. Por eso, el piadosísimo y sabio canciller Gerson, decía: Tomad a José por vuestro primer patrón. El mismo Jesucristo dijo a Santa Margarita de Cortona: Si quieres hacerme cosa grata, no pases un día sin hacer algún obsequio a mi padre adoptivo, el glorioso Patriarca San José.

Cómo recompensa San José los obsequios que se le hagan nos lo dice Santa Teresa, de este modo: «No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes, que me ha hecho Dios, por medio de este bienaventurado Santo; los peligros de que me ha librado, así de alma como de cuerpo; que a otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; de este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y quiere el Señor darnos a entender que, así como le fué sujeto en la tierra, que, como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide.

Quisiera yo persuadir a todos fuesen devotos de

este glorioso Santo, por la experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios... Solamente pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no lo creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción.»

SAN JOSÉ EN LA TEOLOGÍA CATÓLICA

San José, esposo verdadero de María

TODA la teología de San José se puede reducir a una sola verdad: San José es el esposo castísimo de la Santísima Virgen María. Es ésta una verdad de fe católica, y de la cual derivan las demás, que remota o próximamente se refieren al glorioso Patriarca. Es verdadero esposo de la Santísima Virgen María. Por eso, es padre de Jesús, no según la carne, sino en un sentido misterioso y profundo, pero real y verdadero. Es esposo de la Santísima Virgen y padre legal de Jesús. Por eso, ha sido encumbrado por Dios a la más alta dignidad y grandeza, a la más heroica y sublime santidad y a la gloria más excelsa.

Repetidas veces nos dicen los Evangelios que la Santísima Virgen, estuvo desposada primero y, casada, después, con el Glorioso Patriarca San José. Los desposorios, según el derecho judío, no

eran solamente una promesa de matrimonio como nuestros esponsales. Eran lo que nosotros llamamos un matrimonio rato.

Es un matrimono de vírgenes. En él no se entregan los cuerpos para la generación, sino para conservar más y más la virginidad, prometida y ofrecida a Dios con el lazo religioso e inviolable del voto. Es entonces cuando se ve, por primera vez, desposarse la virginidad con la virginidad. Dos virginidades que se unen, como dos astros que entran en conjunción, para que sus luces se fusionen en mutuos resplandores...

Es un matrimonio dispuesto y preparado por Dios, desde toda la eternidad, para recibir en el mundo, decorosa, honesta y ordenadamente, al Verbo Divino, hecho hombre, para salvaguardar el honor y el buen nombre de la Virgen bendita, para tutelar y proteger al Niño Jesús...

San José esposo de la Santísima Virgen María. Un obrero, el esposo de la Madre de Dios. ¿Puede concebirse dignidad mayor y alteza más soberana? Grande fué el oficio de San Juan Evangelista para con la Santísima Virgen María. Fué tanta su pureza y virginidad que mereció ser escogido por Jesús, para que fuese, después de su muerte, el custodio, el guardián, el protector de su Madre bendita. Grande y sublime fué también el oficio del Arcángel San Gabriel encargado por

Dios de anunciar el glorioso Misterio de la Encarnación a la Santísima Virgen María... Es un embajador de Dios, que trae a la tierra el mensaje más trascendental que se conoce y que se puede conocer... Representa no la majestad de un rey de la tierra, sino la majestad del mismo Dios; y, sin embargo, con qué respeto y sumisión se acerca a la que había de ser la madre de Dios, para darle a conocer la nueva divina...

Ni San Juan Evangelista, a pesar de haber recibido, como en herencia, a la madre de Jesús junto al árbol de la cruz, ni el Arcángel San Gabriel, a pesar de su celestial embajada, pueden compararse con San José, que no es sólo, como dice el Papa León XIII en su encíclica *quamquan pluries*, testigo irrecusable de la virginidad de María, compañero inseparable de la madre de Dios, depositario de su pureza virginal, tutor, procurador y coadjutor diligentísimo en todas las vicisitudes de la vida terrenal, protector de su honra y reputación. Es, además, el verdadero esposo de la Santísima Virgen María...

San José, representante visible del Espíritu Santo en la tierra y partícipe del orden hipostático

EN virtud del vínculo matrimonial es San José partícipe de la excelsa dignidad de la madre de Dios. Es el matrimonio una sociedad y un parentesco, el mayor de todos. Por su misma naturaleza exige la comunicación de bienes. Los de un cónyuge pasan a ser bienes del otro... San José, elevado, en cierto modo, a la dignidad de la que es madre de Dios. La virginidad, la santidad de María, el fruto de sus entrañas, patrimonio y propiedad de José...

San José, unido en el más santo de los matrimonios con María, es el representante visible, en la tierra, del Espíritu Santo...

Entre todos los órdenes creados por Dios es el más sublime el hipostático, al cual pertenece también San José por su enlace matrimonial con la Santísima Virgen María.

Es el orden hipostático el que se refiere a la unión del Hijo de Dios con la naturaleza humana en unidad de persona. Dios en sus obras, por ser infinitamente bueno, no quiere más que verterse y comunicarse. En la Encarnación eligió un modo

de hacerlo que jamás el entendimiento humano hubiera podido sospechar... Quiso comunicarse y unirse personalmente con una criatura suya. Se une al cuerpo de Jesús formado con la sangre purísima de la Virgen María, sin concurso de varón, por obra milagrosa y sobrenatural del Espíritu Santo. Por eso, el cuerpo o la carne de Jesús, es el cuerpo y la carne de un Dios. Se une al alma de Jesús, creada por Dios, sustancial y personalmente. Por eso el alma de Jesús es también el alma de un Dios.

Cierto es que pudo el Verbo de Dios hacerse hombre sin necesidad de la sangre purísima de la Virgen bendita. Pudo aparecer en el mundo en edad adulta como nuestro primer padre Adán. Sin embargo, Dios quiso que se encarnase en el seno purísimo de la Virgen María, desposada y unida, después, en matrimonio con un varón castísimo, llamado José. Por eso, en el plan actual de la divina providencia, no puede concebirse aisladamente la Encarnación del Verbo de Dios. Al lado del Hijo de Dios, hecho hombre, siempre se representa en el pensamiento eterno de Dios el matrimonio virginal de María y José, que había de ser el blanquísimo nido donde había de nacer, crecer y vivir por espacio de treinta años el Hijo de Dios encarnado.

Por estar incluído también San José en el orden hipostático, en cuya realización o ejecución ocupa un lugar tan importante, merece nuestro Santo un

culto de sumo honor o de suma dulía, esto es, un culto que se distinga del que damos y tributamos a todos los demás Santos.

San José, padre virginal de Jesús

ES San José esposo de María. Por eso, es padre de Jesús en un sentido real y verdadero, aun sin darle el ser humano. No hay palabra en los diccionarios para expresar con propiedad y exactitud esta relación paternal de José para con el Niño Dios. Ninguno de los nombres que suele dársele—el de padre nutricio, legal, adoptivo...—refleja todo el alcance que tiene la palabra padre, aplicada a San José con relación al Hombre-Dios.

Es padre por título de accesión. La Santísima Virgen, huerto cerrado y fuente sellada, fué propiedad de San José en virtud del matrimonio. La mujer no tiene potestad sobre su cuerpo, sino el varón, nos dice el Apóstol San Pablo. En el matrimonio hay comunidad de bienes entre los cónyuges. Es el bien de la prole el mayor. Por tanto, es patrimonio y propiedad de José no sólo la virginidad de María, sino el fruto de esa virginidad, que es el Hombre-Dios.

Es concluyente el argumento de Suárez, el doctor eximio, que puede llamarse el teólogo de San José, por ser el primero que en su tratado de Verbo In-

carnato, le presentó como perteneciente al orden hipostático. La tierra virginal de María, dice Suárez, dió fruto por la bendición de Dios; ese fruto bendito pertenece a José, de quien era aquella tierra. San Francisco de Sales expresa la misma idea poéticamente. Si una paloma, llevara en su pico un dátil y le dejara caer en un jardín, la palma que brotara del dátil, pertenecería por derecho al dueño del jardín. Así, traído el dátil divino por la celestial paloma del Espíritu Santo al jardín cerrado del seno de María, la palma real del Hombre-Dios, que nace de esa celestial semilla, es propiedad del dueño de ese jardín cerrado, del Glorioso San José. De dos maneras, dice Santo Tomás de Aquino, puede un hijo ser fruto de un matrimonio: o porque el matrimonio, de su mismo ser, le ha dado vida, o porque el matrimonio fué expresamente constituído para que aquel hijo naciese. Esto último es lo que acontece en el matrimonio de María y José. En el plan divino ese matrimonio fué el medio expresamente elegido para introducir en el mundo al Hijo de Dios hecho hombre. El Espíritu Santo, dice San Agustín, descansando en la santidad de ambos, dió a los dos el Hijo. Lo que obró el Espíritu Santo, lo obró para los dos. Por lo cual José, así como fué castamente marido, fué castamente Padre. Se le conceden los derechos de la paternidad cuando se le manda que ponga nombre al Niño. «Le pondrás por nombre Jesús», le había dicho el ángel. Así lo hace el Glorioso Patriarca. Es el primero

que pronuncia este santísimo nombre, ante el cual se ha de doblar toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno...

San José, representante visible del Padre Eterno para con Jesús

QUÉ honra tan singular para José ser llamado padre por el Hijo de Dios, ser por Él venerado, respetado y obedecido! Es el representante visible en la tierra del Padre Eterno. ¡Qué honor y qué dignidad tan sublime! El único santo que hace las veces del Padre Celestial para con Jesús. Qué amor no infundiría en su corazón y qué virtudes y dones en su alma el Padre Eterno para que lo representase dignamente junto a Jesús. El único santo que refleja la paternidad divina directa e inmediatamente.

Es tan grande esta dignidad que ningún santo puede comparársele. San Juan salta de alegría en el seno de su madre a las presencia del Salvador encerrado en las entrañas de la Virgen bendita. Lo señala con el dedo, le confiere el bautismo, es el heraldo del Gran Rey. Su misión consistió en preparar y disponer a los hombres para recibir los dones y la gracia del Señor. Se encamina su ministerio al cuerpo místico de Jesús, a la Santa Iglesia.

El de San José—y en esto está su grandeza única—se ordenaba directamente al cuerpo real del Hombre-Dios. Grande fué la suerte del apóstol y evangelista San Juan, que logró reclinar su cabeza sobre el Corazón de Cristo. Intimas fueron las relaciones de Jesús con sus apóstoles. Con Él convivieron durante tres años. Por su amor, murieron. Sublime fué el oficio de los ángeles para con el Niño Jesús. Ternura, vigilancia, adoración... Sobre todos ellos, sin embargo, se encuentra San José. Al fin y al cabo todos son ministros de Jesús. A José se llama padre, y, como a tal, el mismo Jesús quiere obedecer y respetar.

Excelencia y santidad de San José

SAN José esposo de María y padre legal de Jesús. He ahí las fuentes de toda su excelencia y santidad.

Para que fuese San José digno esposo de María y digno padre nutricio de Jesús, le concede Dios toda clase de dones y prerrogativas tanto en el orden natural como en el sobrenatural. Bienes en el cuerpo. Bienes en el alma. Bienes sobre todo de orden sobrenatural. Su santidad es incomparable. Sus virtudes extraordinarias: modelo de fe perfectísima, de caridad ardiente, de fidelidad, de generosidad y desprendimiento de las cosas terrenas y

temporales... Cuánto vigor de cuerpo y cuánta hermosura de alma necesitaba el que había de consagrarse a trabajar por los dos seres más queridos para Dios. Qué bien cumple su misión. Con qué amor y alegría en las fatigas del trabajo en Nazaret, Belén, Egipto, en los duros y penosos viajes. Qué obediencia a los mandatos y órdenes de Dios. Qué piedad y qué laboriosidad... Todo era necesario para que San José cumpliese dignamente su cometido. Los tesoros de Dios se vuelcan sobre el alma nobilísima de San José.

Los tesoros de la gracia santificante. El Evangelio expresa toda su santidad en una sola palabra: Justo. Era José un varón justo. Es la santificación interior del hombre por la gracia lo que hace justo a los ojos de Dios.

El principio de Santo Tomás tiene aquí perfecta aplicación: a los que Dios elige para un cargo, los prepara y dispone de tal manera que sean idóneos para lo que fueron elegidos y destinados.

Si el profeta Jeremías fué santificado antes de nacer, porque, al decir de Santo Tomás, había de ser el profeta de la pasión de Cristo y había de prefigurarla con sus dolores.

Si el Bautista, porque había de anunciar al Mesías en función de precursor, también fué santificado en el vientre de su madre. ¡Qué decir de San José que tan inmediatamente había de prestar sus servicios al Hombre-Dios, a su madre bendita y que había de concurrir tan eficazmente a la salva-

ción del mundo por su estrecha unión con el orden hipostático, al cual pertenece no esencial e intrínsecamente, pero sí externa y próximamente!

San José, sí, fué santificado antes de nacer. Así lo afirman graves teólogos. Fué purificado del pecado original con la infusión de la gracia santificante y de otros dones celestiales. No es pequeño el haber sido liberado del aguijón de la concupiscencia, que estuvo como ligada para que no sintiera ningún movimiento contrario a la razón. Su alma fué como un lago tranquilo sin tempestades y tormentas. No hubo desorden en el apetito sensitivo anticipándose al dictamen de la razón. Pero como si esto fuera poco, todavía se extendió más lejos la generosidad de Dios para San José, a quien confirmó en la gracia y en el bien. Ni podía perderla por el pecado grave, ni debilitarla por las culpas leves deliberadas.

Ni siquiera podía caer en la más pequeña imperfección. Por su confirmación en el bien fué preservado aún de las faltas leves indeliberadas... Tal era la asistencia y providencia divina, que le daba firmeza en la voluntad, orden en las facultades inferiores y vigilancia constante en la razón...

Así lo exigía su condición de esposo de María y su condición de padre de Jesús. Justo en las palabras, justo en las obras, justo en la ley, justo en el juicio de la gracia.

No hubiera podido ser reprendido por la falta de correspondencia en el tribunal de la gracia.

En cualquier orden de cosas, dice Santo Tomás, «cuanto más cerca se halla uno del principio o manantial, tanto más percibe los efectos que de aquel principio o manantial preceden»... Y qué cerquita se encontraba San José de la sagrada humanidad de Cristo. Qué relaciones más permanentes y más estables con esta causa universal de la gracia. Qué tesoros de perfección, dice San Bernardino de Sena, no debió comunicarle aquel divino trato, cuando el bondadosísimo Jesús, en todas las relaciones exteriores, se mostraba con él obediente y obsequioso, como para con un padre.

Una sola mirada de Jesús conmovió el corazón de Pedro. Qué no harían las muchas que, Jesús, en actitud agradecida, dirigiría continuamente a José.

Continuo crecimiento de San José en la gracia y santidad

LA santidad y gracia de San José crece en cada momento. Sus méritos ante Jesús se multiplican con todas sus acciones y servicios. Por amor a Jesús las hace. Nada pretende en todos sus actos sino servir al que es fuente suprema de la gracia. Es el teólogo de San José, Francisco Suárez, quien dice: «Así como el pecado de los que cru-

cificaron a Cristo, fué en su género el mayor, por la infinita dignidad de la Persona en quien se cometía, así los obsequios, los servicios de José, para con la misma Persona de Cristo eran de especial y muy subido valor. Eran de tanto más subido mérito, cuando José obraba con perfecto conocimiento y amor de aquella divina Persona».

Con toda verdad pudo decir a José el Niño Jesús aquellas palabras del Evangelio: Tuve hambre, y me diste de comer; tuve sed, y me diste de beber; sin hospedaje estuve, y me acogiste; estuve desnudo, y me vestiste...

A quienes se permite contemplar a Cristo—dice el cardenal de Toledo—sienten su espíritu abrasado en ardientísimo fervor, ¿qué llamas de caridad, pensamos, encendieron el alma de José, que durante tantos años custodió al que, no sólo creía firmísimamente Hijo de Dios, sino le veneraba presente con sus continuos obsequios?

Sus relaciones matrimoniales con María fueron para José una nueva fuente de gracia y santidad. Los dos eran santos, porque era una la santidad de ambos. Un espíritu y una fe había en ellos. Un solo amor celestial. El que en sus almas infundía el Espíritu Santo.

Es San Ambrosio quien dice que tanta gracia divina había derramado Dios en el alma de María, que a cuantos dirigía sus miradas les comunicaba un gran amor a la virtud de la pureza. Si el sol material, dice San Francisco de Sales, no necesita

más que unos días para dar al lirio su deslumbrante blancura, ¿quién puede concebir el admirable grado de candor, a que se elevó la pureza de San José, expuesto noche y día, y durante tantos años, a los rayos del Sol de justicia, y de la Luna mística que de El tomaba su esplendor...?

María y José eran como dos purísimos espejos, puestos el uno frente al otro. Los rayos de santidad que el Sol divino, Cristo Jesús, enviaba a María, ella, con perfecta reverberación, los comunicaba a San José, procurando hacerle tan santo como ella...

El corazón agradecido de la Santísima Virgen María se elevaría constantemente a Dios en súplica fervorosa y encendida a favor de San José. Ella que era la Omnipotencia suplicante.

La Santísima Virgen, dice Suárez—como podemos razonablemente creer—, pidió y alcanzó con sus ruegos, excelentes auxilios de gracias sobrenaturales para su Esposo, a quien profesaba singular amor. Porque, si la devoción a la Virgen y su poderosa intercesión son medios eficacísimos para que Dios nos conceda los dones de la Gracia, ¿quién puede ni siquiera sospechar que el Santísimo José, amadísimo y devotísimo de la Virgen, no obtuviese, por medio de Ella, la Santidad en su más eximia perfección? Si tantos y tan grandes bienes ha impetrado para los criminales pecadores enemigos de su Hijo, ¿qué gracias, dime, alcanza-

ría para este solícito y amoroso nutricio de su Hijo, para su mismo castísimo Esposo?

La santidad de San José, sigue inmediatamente a la de su purísima Esposa. Así lo afirma Suárez, al decir que, considerada la cuestión comparativamente, no es temeraria ni improbable, antes piadosa y verosímil, la opinión de que nuestro Santo hace ventaja a todos los demás, en grados de gracia y de gloria...

San José, patrono de la Iglesia universal y de cada una de las almas

SAN José, como verdadero esposo de María y como padre adoptivo y virginal de Jesús, forma con ellos una familia, la familia por excelencia, la Sagrada Familia. Por eso, como por cierto derecho divino, es el Patrono Universal de la Iglesia y de cada una de las almas que a ella pertenecen.

La Iglesia es una continuación de Jesús y de María. Somos el cuerpo místico que completa y prolonga la vida divina de Jesús sobre la tierra. Somos miembros de Jesús e hijos de María. Por eso, San José ha de seguir ejerciendo sobre nosotros la tutela, la defensa, la protección que aquí en la tierra desempeñó sobre Jesús y María en Nazaret como cabeza de aquella Familia celestial.

Es el Papa León XIII quien resume los derechos y cualidades de San José para ser Patrono de la Iglesia universal...

Las principales razones, dice, por las que se tiene especialmente a San José como Patrono de la Iglesia—y ésta a su vez se promete mucho de la tutela y patrocinio de este Santo—son haber sido el esposo de María y padre putativo de Jesús.

En aquella familia, que José con autoridad como de padre, gobernó, estaban los principios de la naciente Iglesia. La Virgen, así como es madre de Jesucristo, lo es también de todos los cristianos, que son, por la adopción y redención, hermanos suyos.

De estas verdades nace la razón por la cual el dichoso Patriarca tiene encomendada de un modo particular la multitud de los cristianos de que consta la Iglesia, es decir, esa familia innumerable, y por todas partes esparcida, sobre la cual, por ser esposo de María y padre de Jesucristo, tiene una autoridad como de Padre.

Es pues, conforme a razón, y en gran manera digno del bienaventurado José, que, como en otro tiempo, y en cuantas cosas se ofrecieron, cuidó santísimamente a la Familia de Nazaret, así ahora proteja y defienda a la Iglesia de Cristo, con su celeste patrocinio.

Es el mismo Pontífice romano, León XIII, quien recomendó que todos los cristianos, de cualquier estado, condición o profesión que fuesen, se pu-

sieran bajo la protección y tutela de San José y lo tomasen por modelo. «En verdad, dice, hay motivo para que todos, de cualquier condición y lugar, se encomienden y confíen al patrocinio del glorioso San José. En él tienen los padres de familia el modelo más excelente de *vigilancia y providencia paternal;* tienen los esposos el dechado perfecto de *amor, concordia y fe conyugal;* tienen las Vírgenes el *ejemplar,* y al mismo tiempo el *protector de la virginal integridad*. Los que nacieron de linaje noble, aprendan de José a conservar la *dignidad*, aun en *las ruinas de sus fortunas;* entiendan los ricos cuáles son los bienes que deben principalmente apetecer, y con todas sus fuerzas allegar. Por lo que hace a los *proletarios*, a los *obreros*, a las personas de *humilde condición* tienen *derecho preferente para acudir a José, y de él tomar ejemplos que imitar*. José, de estirpe real, unido en matrimonio a la más excelsa y santa de las mujeres, tratando como padre al Hijo de Dios, con todo, pasa la vida trabajando, y pide a la industria de sus manos cuanto necesita para sostener a la Familia. Contento con lo poco que posee, soporta con gran ánimo las dificultades inherentes a la escasez de fortuna, imitando a su Hijo, que habiendo tomado la forma de siervo, con ser el Señor de todas las cosas, abraza voluntariamente la pobreza y la carencia de todo».

Gran poder de intercesión de San José

ES el poder de José para remediar a la Iglesia y a cada uno de los cristianos, grande en extremo. Por eso, dice Santo Tomás que Dios ha concedido a ciertos santos ser abogados en algunas causas particulares, pero al *santísimo* José le ha concedido *auxiliar* en toda clase de negocios y necesidades, *defender, favorecer* y *amar* con paternal afecto a todos cuantos piadosamente a él acuden.

Es el Papa de la Inmaculada Pío IX quien declaró a San José patrono universal de la Iglesia en circunstancias, por cierto, bien tristes para toda la cristiandad, en Diciembre del año 1870.

Unos dos o tres meses antes, el 20 de Septiembre del mismo año, las tropas de Víctor Manuel entraban en Roma despojando al Papa de sus estados pontificios.

En el decreto *Urbi et Orbi* de la Sagrada Congregación, de ritos, por el que ponía bajo el patrocinio de San José toda la cristiandad, se refleja claramente la situación angustiosa y difícil por la que pasaba entonces la Iglesia. «Viéndose en estos tristísimos tiempos la Iglesia por todas partes perseguida de sus enemigos, y oprimida de tan grandes calamidades, que hombres impíos pudieran sospechar haber al fin prevalecido contra ella las

puertas del infierno; los venerables prelados de todo el orbe católico presentaron al Sumo Pontífice sus preces y la de los fieles de Cristo a ellos encomendados, pidiendo se dignase constituir a San José, Patrono de la Iglesia Catótica.

Habiendo después renovado encarecidamente las mismas peticiones y votos en el Sagrado Ecuménico Concilio Vaticano, nuestro Santísimo Señor Papa Pío IX. movido por la recentísima y luctuosa condición de las cosas, quiso satisfacer los votos de los Sagrados Pastores, y encomendándose a Sí y a los fieles todos al poderosísimo Patrocinio de San José, le declaró Patrono de la Iglesia Católica...

INDICE

	Páginas
Portada	3
Al lector	5
LE HIZO SEÑOR DE SU CASA Y PRÍNCIPE DE TODO SU DOMINIO	7
Tu Patrono	9
Tu Modelo	12
Ten confianza	16
SAN JOSÉ EN LOS EVANGELIOS	19
Su linaje	21
Su patria natal	22
Junto a la piedad, el trabajo	23
Los desposorios y el matrimonio	24
Camino de Belén	26
El nacimiento. El buey y el jumento	28
Cántico de los ángeles.-Vayamos a Belén	30
El mohel o circuncidante	30
Le llamarás Jesús	31
El sacrificio de los pobres	32
El consolador	34
La estrella misteriosa	35
Camino de Egipto. El desterrado	36
El Nazareno	38
Entre los doctores	39
La muerte de San José	40
San José, nuestro primer patrón	41
SAN JOSÉ EN LA TEOLOGÍA CATÓLICA	43
San José, esposo verdadero de María	45
San José, representante visible del Espíritu Santo en la tierra y partícipe del orden hipostático	48

San José, padre virginal de Jesús 50
San José, representante visible del Padre Eterno para con Jesús..... 52
Excelencia y santidad de San José..... 53
Continuo crecimiento de San José en la gracia y santidad..... 56
San José, patrono de la Iglesia universal y de cada una de las almas 59
Gran poder de intercesión de San José..... 62

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA TIP. DE LA SRA. VDA. DE A. ARQUEROS
EN BADAJOZ
EL DIA 11 DE MARZO
DE 1950